

XXVII.

En el que Martín y Teodoro vuelven á perder la pista.

TEODORO caminó sin descansar hasta volver á su casa; habia estado ausente mas de seis horas, y Garatuza, que le aguardaba, se desesperaba ya de su tardanza.

—Por fin, le vió llegar cansado, lleno de polvo, pero con el rostro alegre y placentero, como señal de que llevaba una buena noticia.

—Albricias, amigo mio, albricias—dijo arrojándose en un sitial.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—preguntó Martín.

—Lo he descubierto todo, todo.

—¿Pero qué?

—El lugar en que tienen esas gentes á Doña Esperanza.

—¿Cómo así?

—Como lo estais oyendo; yo mismo la he visto.

—¿A quién?

—A Doña Esperanza.

—¿Conocéisla por ventura?

—Casi, y sé dónde está ahora.

—¿Estais seguro?

—Tan seguro, como de estar hablando ahora con vos.

—Llamemos á Don César.

—Llamadle, y os referiré á los dos todo lo que me ha acontecido.

Martin salió á llamar á Don César, y entró poco despues á la estancia en que les aguardaba Teodoro, que habia corrido tanto durante el dia, que no tenia aliento para levantarse.

El negro refirió minuciosamente á sus amigos todo lo que habia visto y pasado desde su encuentro con Guzman hasta la vuelta á la casa.

—¿Qué pensais de esto?—dijo Martin á Don César.

—Mi opinioñ es que Teodoro tiene razon, que esa mujer debe ser Doña Esperanza, y la vieja feroz que hirió á Teodoro, Doña Catalina, y que es preciso no perder un instante, sino ponerse en marcha para ir á libertar á esa jóven.

—Bien pensado—exclamó Garatuza;—en el momento nos vamos.

—Esperad—dijo Teodoro;—el lugar está lejos y yo no puedo ya dar un paso; tengo los piés hechos pedazos.

—Iré á conseguir una carroza.

—¿Adónde?

—Id; pero me parece difícil.

—No tanto; ya vereis.

Martin salió precipitadamente á la calle: cerca de la Alameda vió una carroza que tirada por dos soberbias mulas caminaba.

—Miró bien en el interior, y advirtió que nadie la ocupaba. Entonces hizo señas al cochero para que se detuviese.

—¿Teneis la bondad, amigo, de decirme—le preguntó con mucha urbanidad—si vais muy de prisa?

—Voy—contestó el cochero con agrado, viéndose tratar así por un caballero tan bien vestido—en busca de mi amo el señor adelantado de Filipinas, Don García Legaspi de Albornoz.

—¡Oh, y qué feliz casualidad! precisamente para su señoría buscaba una carroza; que le ha dado un accidente y hémosle metido aquí en una casa inmensa.

—¡Jesus nos ampare!—exclamó el cochero—pues vamos.

—¡El cielo os ha traído!

—Subid al coche, señor, y decidme dónde.

—No; seguidme, que voy mejor á pié guiándoos.

Y Martin echó á andar rumbo á San Hipólito, meditando adónde llevaria al cochero para deshacerse de él.

Llegaron así frente á la casa de Teodoro, y allí Garatuza dijo al cochero:—Esperadme un instante, que voy á entrar aquí á ver si vive un amigo.

El carruaje se detuvo y Martin entró.

—Listos—dijo á Teodoro:—armaos, que os acompañen dos hombres de confianza, y salid á esperarme á la esquina de la Alameda.

—¿Pero qué hay?

—Haced lo que os digo, y sin dilacion.

Martin volvió á salir, y dijo como para satisfacer al cochero:

—Equivoqué la casa; no es esta la que buscaba.

Y siguieron andando: dieron vuelta á un callejon, y allí dijo Martin deteniéndose delante de la puerta de una de las huertas:

—Aquí.

—¿Pero qué hacia por aquí mi señor?—preguntó el cochero.

—Silencio, y no os deis por entendido; aquí tiene una mocita como una perla; voy á ver: dad la vuelta al coche mientras entro á avisarle.

El cochero se adelantó con el carruaje para tomar la vuelta, y mientras entró Martin á la casa.

—Señora—dijo á una vieja que encontró—¿teneis de venta un gallo?

—¿Un gallo?

—Sí; pero que sea viejo, porque es para remedio: os lo pagaré bien.

—Tengo uno; pero vale tres duros, porque es muy viejo, muy viejo—contestó la vieja, mintiendo por codicia.

—¿Y dónde está?

—Allá adentro; ¿quereis llevarle?

—No; mi cochero vendrá por él.

—Bien; que venga.

—Venid conmigo para que le lleveis.

La vieja salió hasta la puerta acompañando á Martin.

—Mirad—dijo Garatuza al cochero—seria bueno que bajáseis para sacar al viejito, que lo hariais mejor que yo; entretanto, yo tendré cuidado con las mulas.

—Muy bien—dijo el cochero;—al fin son mansas.

—¿Está adentro?—preguntó Martin á la vieja.

—Sí, señor. Yo llevaré al señor adonde está.

El cochero entró, y Martin se subió en la mula; y tan pronto como el hombre y la vieja desaparecieron, echó á caminar con el coche, que no hacia ruido porque en la calle no habia empedrado.

La vieja llevó al cochero hasta unos cuartos en el fondo de la huerta, y le dijo:

—Esperadme, que voy á traérosle.

El hombre se quedó parado y pensando.

—¡En qué cosas anda mi señor! quién lo hubiera creído! no sé cómo á su edad no tiene miedo de que le asesinen por aquí: en fin, yo debo ocultar á mi ama estas cosas, porque no vaya á suceder que se descomponga un matrimonio de tantos años.

—Aquí le teneis—dijo la vieja saliendo con un gallo en las manos.

—¿Pero qué es eso?

—El gallo viejo que quiere vuestro amo.

—Mala peste os mate á vos y á vuestro gallo, que yo no vengo aquí por eso, ni mi amo quiere tal gallo, que para nada necesita.

—¿Cómo se entiende, deslenguado y mal cristiano? ¿vuestro amo no es ese que quedó al cuidado de las mulas?

—Mi amo es el señor adelantado de Filipinas, que me han dicho que aquí se hallaba enfermo de accidente, porque aquí tiene una moza; y ese es al que busco.

—Mal háyais vos y vuestro amo, que mi casa es casa de pobres, pero honrada; y aquí ni él ni nadie tiene mozas, y vos quereis burlaros de mí, porque no está aquí mi marido; pero yo os enseñaré cuántas son cinco, que conmigo no se juega.

Y la vieja dejó el gallo y arremetió á un palo para dar sobre el cochero, que se ponía ya en actitud de defensa, cuando acertó á entrar un hombre viejo que venía de la calle.

—¿Qué pasa aquí, Matiana?—dijo el recién venido.

—Qué ha de pasar!—contestó la vieja furiosa—sino que este hombre y su amo, el que verías en la calle cuidando un carruaje, viendo que no estabas quisieron divertirse conmi.go

—Cálmate, hija, cálmate, que será alguna equivocacion, porque tal carruaje de que me hablas, ni le hay en la puerta, ni en todos los alrededores le he visto.

—¿No está una carroza en la puerta?—preguntó espantado el cochero.

—No hay nada.

—¡Madre Santísima de Guadalupe!—exclamó; y echó á correr para la calle, tropezando con la bota y la espuela que usaban los cocheros.

Llegó á la puerta, y ni señas de por dónde se había ido el carruaje.

—Hacia ya largo rato que Martin había llegado á la Alameda; Teodoro le esperaba allí con dos criados.

—¿Don César no vino?—preguntó Garatuza.

—No.

—Pues subid, y decidme para dónde vamos: afortunadamente ya es de noche y no distinguirán bien que no soy cochero.

En efecto, iba ya oscureciendo.

—Seguid derecho—contestó Teodoro—hasta atravesar la ciudad por la calle de Tacuba adelante.

El carruaje caminó de prisa, y al cabo de una media hora, estaban del lado del Oriente.

—Aquí parad—dijo Teodoro.

Se detuvieron y bajaron del carruaje, que quedó encargado á uno de los criados.

—¿Podreis encontrar la casa?—preguntó Martin.

—Sí; debemos estar cerca, porque ya distingo la laguna—contestó Teodoro.

Comenzaron á caminar, hasta que el negro exclamó:

—¡Miradla!

—Bien; ahora con precaucion—dijo Martin;—las armas

listas y seguidme, que voy por delante á ver si descubro algo.

Todos sacaron sus espadas y se fueron acercando á la casa con precaucion, procurando no hacer ruido.

—Estaban ya muy cerca y se detuvieron.

—No se oye nada—dijo Teodoro.

—Ni se ve luz—agregó Martin.

Siguieron observando, y el mismo silencio.

—¿Estais seguro de no equivocaros? ¿esta es la casa?—preguntó Garatuza.

—Mirad al derredor, á ver si hay por aquí otra—contestó Teodoro;—seguro estoy de que esta es.

—Acerquémonos.

Y llegaron hasta los muros de la casa.

—¿Por dónde vísteis á Esperanza?—preguntó muy bajo Garatuza al negro.

—Por una ventana.

—¿Dónde está?

—Pr el lado de la laguna.

—Vamos á ver.

Y como deslizándose por las paredes, llegaron á la ventana y se acercaron con precaucion á la reja: el aposento estaba oscuro y silencioso.

—¿Qué hacemos? nada se ve—dijo Teodoro.

—Pues al asalto por la puerta.

Y armándose de resolucion, se dirigieron á la puerta y la encontraron abierta.

Martin sacó una piedra y un eslabon y una pajucla, y encendió una torcida que llevaba el criado.

A la vacilante luz de la torcida que acababan de encender, Martin y Teodoro penetraron en las habitaciones; pero estaban enteramente desiertas; ni un vestigio habia queda-

do del paso por allí de las personas que en la mañana habia visto el negro.

—¡Nada!—dijo.

—¡Nada!—contestó Martin.

—Quizá os habreis equivocado; no hay señal de que esta casa haya estado habitada hace mucho tiempo.

—No, no me equivoco, esta es la casa; mirad, en este ángulo estaba sentada la jóven, mas acá la vieja; por aquella ventana me asomé; por aquí me tiró el golpe con la daga: estoy seguro de que aquí estaban.

—Entonces os han conocido y se llevaron á la pobre Esperanza para otra parte.

—Es seguro.

—¿Qué habrán hecho de ella?

—Lo sabremos.

—¿Pero cómo?

—Buscando; quien persevera alcanza: aun no hemos echado mano del recurso de apoderarnos de alguno de los de la casa.

—Quizá sea el mas seguro.

—En fin, no perdamos el tiempo: vámonos, que ya aquí es inútil buscar.

Volviéron á salir, y se dirigieron adonde habian dejado el carruaje; subieron en él y se internaron en la ciudad.

En una de las calles oscuras del tránsito y ya cerca de la Alameda, dijo Martin, que llevaba las mulas:

—Aquí es preciso dejar este carruaje, porque es prestado.

—Me parece—contestó Teodoro.

Todos se bajaron, y el coche quedó en la sombría calle abandonado.

Cuando llegaron á la casa de Teodoro, encontraron á

Don César que los esperaba, como siempre, triste y silencioso.

—¿Qué habeis adelantado?—les preguntó.

—Nada—contestó Martin.

—Nada—replicó Teodoro.

—¿Ni esperanza?

—Ni esperanza.

—Yo he sido menos desgraciado que vosotros.

—Contadnos.

—No es posible aún; tengo un plan con el que espero rescatar muy pronto á esa jóven.

—¿Podeis comunicárnoslo?

—Ese es mi secreto.

—¿Y entretanto?

—Buscad vosotros por vuestro lado y yo por el mio; así es mejor.

—Como vos dispongais.

XXVIII.

De lo que habia pasado á Don César.

CUANDO Martin y Teodoro salieron en busca de Esperanza, Don César tomó una capa y su sombrero, y se dirigió á rondar la casa de Don Pedro de Mejía.

Era indudable para él que aquella casa era el centro de todas las intrigas y de todas las maquinaciones; allí debia haber álguien de entre los criados que conociera la historia de Doña Esperanza y que supiera lo que habia sido de ella. Allí era donde Don César estaba seguro de averiguar la verdad.

Comenzó á pasear la calle con disimulo, esperando ver salir algun lacayo que le prestara confianza; la noche iba cerrando, y en una de las puertas de las casas que estaban frente á la de Mejía, le pareció á Don César observar á un hombre que acechaba, recatándose de los transeuntes.

Púsose entonces á examinarle desde lejos, y se convenció de que en efecto aquel hombre esperaba algo.

Como en aquellas circunstancias todo llamaba la atencion de Don César, dejó de observar la casa de Mejía, y no perdió ya de vista al hombre misterioso.